

DECLARACION JURADA

Yo, Pedro Alejandro Matta Lemoine, 42 años de edad, casado, de nacionalidad chilena y actual residente en los Estados Unidos de América declaro:

Fui detenido por un grupo de cinco agentes que se identificaron como efectivos de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) el 17 de Mayo de 1975, aproximadamente a las 10:30 de la mañana en el sector de Avenida Matta con calle San Francisco, en Santiago de Chile. Fui obligado a subir en la parte de atrás de una camioneta blanca Chevrolet C-10 cubierta con un toldo. Tres de los agentes subieron atrás conmigo y procedieron a amarrarme las muñecas y tobillos mientras uno de ellos me apuntaba con una submetralleta; momentos después me obligaron a cerrar los ojos y colocaron cinta scotch sobre mis párpados. Encima de la cinta scotch sentí que colocaron una venda de género alrededor de mi cabeza. La camioneta partió mientras se me dirigían preguntas acerca de mi militancia política y llovían golpes y patadas. Aproximadamente unos 30 o 35 minutos después escuché como se abría un portón metálico y la camioneta entraba, deteniéndose casi de inmediato a la vez que el portón era nuevamente cerrado. Como resultado de los golpes recibidos el scotch que cerraba mi ojo derecho se había despegado del párpado inferior y podía mirar hacia abajo entre el hueco que quedaba entre el borde de la venda, el puente de mi nariz y el pómulos derecho. Fui sacado de la camioneta y, a través de este hueco pude ver que quedé de

pie sobre una de dos líneas de adoquines de cemento con un bandejón central de césped bien cuidado. Fui empujado hacia el lado derecho de la camioneta y después de caminar unos pocos pasos a lo largo del vehículo, hasta que llegue a dos peldaños que estaban a mano derecha mía, se me hizo subirlos, y fui empujado a un vestíbulo cuyo embaldosado parecía ser de mármol blanco. De allí fui obligado a subir a un segundo piso por una escala que también parecía de mármol blanco y que estaba ubicada a mano derecha del vestíbulo. La escala subía en semicírculo de derecha a izquierda, con un pasamanos de hierro forjado a mano izquierda, y terminaba en un segundo piso cuyo suelo era de parquet encerado. Fui empujado al interior de una habitación que estaba a mano derecha al final de la escala, también con piso de parquet. Allí fui forzado a quitarme la ropa, quedando desnudo. Por las voces calculo habría alrededor de 4 a 6 personas aparte de mi en su interior. Fui tirado sobre un catre metálico y amarrado con los brazos y piernas abiertos; un tocadiscos fue puesto a alto volumen con música de rock en la parte izquierda cerca de la cabecera del catre. Por un período de tiempo indeterminado fui sujeto a tortura con electroshock durante el cual perdí varias veces el conocimiento. Las preguntas se sucedían respecto a mi militancia, labores de dirección y responsabilidad política, y otros opositores al régimen de Pinochet con los cuales pudiera tener contacto. En un momento recuerdo volver en si y escuchar cerca de mi oído izquierdo la voz de un hombre amenazando con apretar el gatillo si yo no hablaba, al tiempo que escuchaba el sonido

característico de pasar bala en un arma automática; sentí la boca del cañon del arma sobre mi sien izquierda y los segundos siguientes parecieron interminables. Al no haber respuesta de mi parte finalmente escuche el "click" de un arma al ser gatillada sin proyectil en la recámara. La sesión de tortura con electroshock continuó más intensa, haciéndome perder control en un momento de mis esfínteres. En un período de vuelta a la conciencia sentí que alguien me estaba tomando el pulso y poco después sentí que me colocaban una banda de las usadas para tomar la presión alrededor de mi brazo derecho. Momentos después fue sacada y escuché la voz de un hombre que decía que podían continuar. La tortura se reanudó y recuerdo que en un momento, debido a los movimientos involuntarios de mi cuerpo al pasar la electricidad, me hice un profundo corte en el talón del pie derecho con una de las huinchas metálicas del somier al tiempo que la venda que tenía sobre los ojos se movió, dejando un campo de visión libre para mi ojo izquierdo, en el cual el scotch, producto de mi transpiración, se había también despegado. Tuve una fugaz visión de un hombre sentado en una silla al lado izquierdo del catre "parrilla", una ventana detrás de él por la cual entraba la luz del sol de media tarde, un tocadiscos a mano derecha y atrás del hombre sentado, aún tocando música de rock a todo volumen, otro hombre parado a los pies del catre aparentemente controlando un generador, otro más parado a su lado, otro al lado derecho del catre en una posición semiinclinada y operando la picana eléctrica. A la vez escuchaba la presencia de otro hombre parado detrás de la

cabecera del catre que me dirigía insultos y preguntas a gritos. El hombre que estaba al lado izquierdo del catre se inclinó hacia mí y colocó de vuelta la venda sobre mis ojos, continuando la sesión hasta que nuevamente perdí el conocimiento. Desperté de nuevo a la conciencia sintiendo que alguien me estaba haciendo masaje cardíaco; momentos después sentí como nuevamente me tomaban el pulso y la presión, y como después me inyectaban algo en el antebrazo derecho. El tocadiscos había dejado de sonar. Moví mi cabeza y tuve la imagen vista a través del hueco entre la venda y la mejilla derecha de una persona con delantal blanco inclinada sobre mí, parada al lado derecho del catre. Momentos después escuché la misma voz de hombre que anteriormente había autorizado a "seguir", diciendo ahora que debían parar.

Fui dejado allí por un largo rato; poco a poco la transpiración se secó y empecé a sentir un intenso frío; podía darme cuenta ahora que la pieza estaba iluminada con luz eléctrica. Escuché que alguien entraba a la pieza y arrojó una frazada sobre mi cuerpo todavía desnudo encima del catre metálico. Aún más tarde otro hombre entró, preguntó como me sentía, después soltó las amarras de mis brazos y piernas y me dijo que tratara de sentarme; cuando traté de incorporarme volví a perder el conocimiento y caí de cara hacia el parquet.

Volví a despertar ahora en otra pieza, sin venda en los ojos, encima de una cama que tenía un colchón y un cobertor; se me habían amarrado los brazos abiertos a la cabecera de la cama y las piernas abiertas a la parte baja de la misma. La habitación

tenía una luz eléctrica cubierta con una pantalla de vidrio pavonado en el centro del cielo raso, la cual estaba encendida. Tenía dos o tres frazadas cubriéndome y parte de mi ropa se me había puesto de vuelta. La cama estaba en un rincón de la habitación, con un closet con puerta de corredera a los pies, una puerta inmediatamente a su izquierda, y, a la altura de la cabecera, a mano izquierda, había una mesa pequeña y una silla. Sobre la mesa había una máquina de escribir y encima de ella se abría una ventana más o menos amplia con persianas venecianas que estaban al momento cerradas. Pasaron varias horas durante las cuales la única visita fue un hombre moreno de bigotes y tupidas cejas de alrededor de 35 años quién entró a la habitación, me miró duramente y sin decir palabra se acercó, levantó su pie izquierdo y me lo hundió con fuerza en la región de mi genitales y bajo vientre. Acto seguido caminó al closet, sacó algo de adentro y abandonó la habitación sin volver a mirarme.

Horas después un hombre joven de pelo castaño y bigotes entró a la pieza, me preguntó como me sentía, apagó la luz eléctrica y abrió las persianas. A través de la ventana y desde la cama pude ver que los primeros faldeos de la cordillera de Los Andes aparecían extraordinariamente cerca. Parecía ser temprano en la mañana. Algún tiempo después escuché el sonido del paletear de un juego de ping pong que subía del primer piso a través de la ventana y que me hizo pensar que probablemente había un patio debajo de ella. Rato después otro hombre entró y me preguntó si quería comer, dije que no pero pedí agua; el agua me fue negada

con la explicación de que si tomaba agua me "podía ir cortado". A media tarde de nuevo alguien entró a la habitación y me preguntó si quería ir al baño; me soltó las amarras y me ayudó a caminar fuera de la pieza, de nuevo con la vista vendada, a un baño a corta distancia a mano izquierda después de salir de la habitación. Me di cuenta que mi orina salió con un fuerte tinte rojo que dejó manchado el urinal. Fui devuelto a la misma habitación y cama, y de nuevo fui amarrado aunque ahora con las amarras más sueltas.

Al anochecer entró otro hombre joven que se sentó frente a la máquina de escribir y empezó a hacerme preguntas; las respuestas aparentemente las escribía a máquina y al cabo de quizá un par de horas llenó varias carillas, se acercó a la cama, me soltó la mano derecha y me hizo firmar sin leer lo escrito. Acto seguido me amarró de nuevo y salió de la habitación. Después me quedé dormido.

Lo anterior es una descripción bastante acuciosa de mi experiencia inmediatamente después de mi detención y el propósito de ella es ayudar a entender el contexto y las circunstancias alrededor de las cuales tuvo lugar la conversación que es la materia central que interesa en virtud del proceso por desaparecimiento de Alfonso Chanfreau Oyarce y sus implicancias.

Conocí a Alfonso Chanfreau a principios de los años 60.

"Poncho" fue mi amigo. Cada año, durante las vacaciones de verano, nos encontrábamos en el balneario de Mirasol, lugar en el que mi familia poseía una casa de veraneo y lugar el cual la

familia de "Poncho" usualmente elegía como lugar de veraneo también. Durante aquellos meses, año tras año, y a través de nuestra adolescencia, se profundizó una amistad, un afecto, y un respeto mutuo que perduraría por años. Desconozco el proceso de desarrollo político de Poncho puesto que las diferentes áreas en las cuales se desarrollaba nuestro quehacer estudiantil precludían los contactos. Al momento de mi detención yo era militante de la Juventud Socialista, dirigente político de mi partido en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile de Santiago, y dirigente de nivel intermedio dentro de la estructura de la Juventud Socialista en Santiago. Estaba al tanto que Poncho era un destacado dirigente universitario del Movimiento de Izquierda Revolucionaria en el sector oriente de la capital. No recuerdo que durante el período de gobierno del presidente Salvador Allende hayamos tenido algún contacto político y, con certeza puedo afirmar que después del golpe de estado de Septiembre de 1973 no lo hubo. Las circunstancias políticas después del golpe de estado me impidieron continuar asistiendo a clases a la Escuela de Derecho y continuar mis estudios; sin embargo, a través de los contactos políticos universitarios y al interior de la izquierda, me enteré con profundo dolor, alrededor del mes de septiembre de 1974, que Poncho había sido detenido, de acuerdo a mi información, el 24 de Junio recién pasado. La información obtenida decía que Poncho había sido visto por última vez en la casa de tortura de calle Londres 38, en Santiago, y que su estado físico en aquella ocasión era deplorable, habiéndosele hecho pasar incluso una

camioneta por encima de las piernas para inducirlo a hablar. Durante los meses siguientes traté siempre de indagar acerca de la suerte corrida por Poncho, pero, aparte de confirmar que Poncho nunca apareció como detenido oficialmente reconocido por el Ministerio del Interior del régimen de Pinochet, nunca pude desarrollar información mas allá de la ya descrita.

A partir de mi detención y en manos de la DINA empecé a recorrer un trayecto trágico, siniestro y doloroso, que decenas de miles de mis compatriotas habían ya experimentado. Después de las experiencias ya descritas en párrafos anteriores en la casa con escalera de mármol, fui trasladado en el piso de un automóvil a la tristemente famosa Villa Grimaldi. Allí se me asignó el número 209 con la prohibición de mencionar my nombre a nadie. También durante mi permanencia allí estuve la casi totalidad del tiempo con una venda sobre los ojos y aislado. Me llevaron en una ocasión más a la "parrilla" y se me tomó otra declaración escrita a máquina, la cual nuevamente fui obligado a firmar sin leer. Las únicas ocasiones en las cuales se me sacaba de la celda en que estaba era para llevarme al baño o a la hora de comer. En estas últimas ocasiones se me sentaba en una pared baja de ladrillos bajo el cuidado de agentes de DINA premunidos de fusiles ametralladoras, y se me permitía subir la venda lo suficiente para ver el plato de comida encima de mis rodillas. Así me pude enterar que entre otros detenidos estaban allí bajo condiciones más o menos parecidas Luis Madariaga, un profesor primario; Raúl Contreras, maestro gásfiter y pintor; Pedro Carrillo, obrero de la construcción; Pedro Cano, maestro

tornero; otro profesor primario de apellido Malagueño, todos ellos socialistas; además de un estudiante universitario del MIR de apellido Riquelme; y un ciudadano italiano de voz ronca y que al parecer no hablaba nada de español. Aparte de los anteriormente nombrados, en una pequeña pieza en el costado derecho en el camino hacia el baño, me enteré que estaban allí Lautaro Videla y seis dirigentes del MIR que habían colaborado con los servicios de inteligencia de la dictadura.

Algunos días después, y todavía dentro de la categoría de "desaparecido", puesto que mi detención no había sido oficialmente reconocida, fui trasladado al recinto de Cuatro Alamos, lugar de incomunicación para detenidos políticos bajo investigación por los servicios de inteligencia del régimen militar. Fui colocado en una pieza de 4 x 3 metros con una ventana con barrotes de hierro que se abría sobre un pequeño patio empedrado y cerrado por una muralla de ladrillos. En la pieza habían dos camarotes de dos camas cada uno. Al día siguiente de haber llegado allí fueron colocados en la misma pieza Pedro Carrillo, quien tenía un hombro semidislocado producto de haber sido colgado de las muñecas con las manos amarradas atrás; y otro militante socialista cuyo nombre no recuerdo pero que escupía sangre, al parecer, producto de hemorragias internas. Aparte de ellos recuerdo en Cuatro Alamos al profesor primario Hector Viveros, de militancia socialista, quien andaba apoyado en las paredes por tener problemas de equilibrio, resultado del daño al oído medio como producto de los golpes recibidos; un estudiante universitario de Historia de

nombre Rafael Jelic, también socialista, y su esposa, Patricia, a quien también se la había torturado en la "parrilla" a pesar de estar en el sexto mes de embarazo; otra joven estudiante universitaria del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile de nombre Yolanda Contreras; algunos días después supe de la llegada a Cuatro Alamos del profesor Malagueño, ya mencionado durante mi paso por la Villa Grimaldi. Todas estas personas mostraban huellas de las torturas a que habían sido sometidas por los agentes de DINA. Carrillo y el otro militante socialista de quien no recuerdo el nombre estuvieron tan solo unos pocos días, al cabo de los cuales fueron sacados de la pieza y quede nuevamente solo.

Fue así como durante la mañana del domingo del primer fin de semana de Junio de 1975, fui sacado de la pieza en que se me tenía aislado y dirigido a una pieza mucho más grande que estaba al término del pasillo, diciéndoseme que me podía sacar la venda de los ojos por el momento. Esta era una pieza sin muebles de unos 6 x 10 o 12 metros con dos ventanas con barrotes en la muralla opuesta a la puerta de entrada. Cuando entré había ya allí varias personas en su interior; reconocí a mano izquierda a algunos de los detenidos hombres ya nombrados anteriormente, y a mano derecha y al frente, al otro lado de la pieza, al grupo de dirigentes del MIR que se habían prestado a ser los personajes centrales de una conferencia de prensa organizada por la dictadura y televisada y radiodifundida a todo el país a través de una Cadena Nacional de Radio y Televisión, durante el mes de Febrero de 1975. Aunque no los conocía de antes, aún tenía

frescas en mi memoria sus fisonomías y las declaraciones emitidas por ellos y ampliamente publicitadas por la prensa. Estaban allí Humberto Menanteaux, José Carrasco, Cristian Mallol, y Hernán González, participantes en la mencionada conferencia; a ellos se añadían tres personas que más tarde pude identificar como Antonio Llorca Puig, Emilio Iribarren, y la tristemente célebre Marcia Merino Vega, mas conocida como "La Flaca Alejandra", formando un grupo aparte en un extremo de la habitación. Como yo aún caminaba con mucha dificultad, probablemente como resultado de daño a los músculos de mis piernas, sumado a problemas renales, secuelas de las sesiones de tortura que aún me hacían orinar con sangre, decidí apoyarme en una muralla de la habitación, cerca de la puerta, y quedarme allí observando. Algunos momentos después vi que Menanteaux, quien estaba al lado opuesto de la habitación conversando con alguien de su grupo, se separaba de el y caminaba en mi dirección. Aunque no nos conocíamos de antes la pregunta pareció franca y amistosa: "Qué te pasa Flaco? Cómo te sientes?" Le respondí que tenía problemas de movimiento en las piernas pero que, aparte de ello, estaba bien. Menanteaux me ayudó entonces a cruzar la habitación hasta la muralla del lado opuesto diciéndome que, aunque doliera, debía tratar de caminar un poco. Me apoyé después en la otra muralla y Menanteaux sacó entonces una cajetilla de cigarrillos, privilegio al cual los otros detenidos no teníamos acceso, y me ofreció uno. Me preguntó después si yo sabía quien era el y le respondí afirmativamente haciendo alusión a la conferencia de prensa en

la cual él había participado. Me preguntó posteriormente que me habían hecho y le relaté de manera más o menos sucinta las experiencias en la parrilla y los golpes a los que había sido sometido. Me preguntó entonces que militancia tenía y por qué había sido detenido. Le narré la información que la DINA poseía ya en ese momento sobre mí. Al término de mi narración le dije que después de sus preguntas a mí me interesaría hacerle algunas también, a lo cual de inmediato asintió diciéndome que podía preguntarle lo que yo quisiera.

Me interesaba saber si lo que había sido manifestado a través de radio y televisión representaba el real pensamiento político de ellos o habían sido forzados en su declaración. Menanteaux me dijo que él pensaba que el MIR había sido derrotado y que lo único que cabía era detener la lucha y evitar mayores sufrimientos y derramamiento de sangre. Que el heroísmo revolucionario era ahora un heroísmo sin destino. Que el seguir resistiendo solo causaría más muertes. En esa dimensión la declaración si interpretaba su pensamiento político.

Le recordé entonces que en su intervención él había manifestado que su cabeza no había sido sumergida en petróleo, que no habían sido colgados de los pies, que no habían sido objetos de apremios o presiones y que, del contexto general de la intervención, se desprendía que no habían sido sometidos a torturas, cuestión que había sido utilizada tanto interna como internacionalmente por el régimen de Pinochet. Menanteaux me miró fijamente entonces y me dijo que ellos habían pasado por lo mismo por lo que yo acababa de pasar y quizás peor, y que esa

parte de la intervención había sido forzada en ellos bajo amenaza de ser vueltos a la tortura.

Me pareció entonces que a través de la conversación se había establecido un vínculo extraño en el cual se mezclaban y compartían pensamientos, ansiedades respecto del incierto futuro, y miedos respecto de lo que habíamos experimentado y pudiéramos volver a experimentar. Menanteaux recuerdo que me ofreció otro cigarrillo y fué entonces que lo miré directamente a los ojos y mientras lo encendía le dije que le iba a hacer una pregunta con la cual me podía enviar de vuelta a la Villa Grimaldi. Recuerdo que reaccionó de una manera dolida y ofendida a la vez con una frase como "No, flaco, cómo me puedes decir eso?". Le interrumpí diciéndole que de todas maneras le iba a hacer la pregunta y acto seguido le recordé que en la parte final de la intervención por Cadena Nacional ellos habían leído una lista de dirigentes del MIR muertos, exiliados o presos. En esa lista había sido mencionado el nombre de Poncho Chanfreau como "exiliado". - Me di cuenta que al escuchar el nombre de Poncho Chanfreau, Menanteaux se sintió profundamente afectado. Le dije entonces a Menanteaux lo que yo sabía, empezando por la detención de Poncho en Junio del año anterior, la última vez que fue visto en la casa de Londres 38 y el hecho que estaba con ambas piernas quebradas por habersele hecho pasar una camioneta por encima de ellas; terminé diciéndole: "Poncho fue mi amigo. Qué sabes tu de Poncho?".

Recuerdo que por un momento Menanteaux se quedó silencioso y cuando habló lo hizo con voz baja en la cual se advertía una

profunda emoción. "Flaco, olvídate de Poncho; sé que a Poncho se lo llevaron a Colonia Dignidad. Yo nunca he estado allí pero se que si a ti te sacaron el 40 o el 50 % de la información que tu tenías a través de la tortura, a quien llevan a la Colonia le van a sacar el 100 % de la información que posee. En la Colonia sé que han construído cámaras especiales de aislamiento que son como tumbas; en ellas se que se pone a los compañeros para que pierdan totalmente el sentido del espacio y del tiempo, en absoluta oscuridad, sin el menor ruido, solos, por largos espacios de tiempo, desequilibrándolos psicológicamente. Esto aparte de las parrillas, "submarinos", colgamientos, y torturas que tu ya conoces. Yo pienso que hoy dia Poncho está muerto, y si no lo está, es como si lo estuviera. No creo que vayas a volver a ver a tu amigo. Yo también conocí a Poncho. Olvídate de el."

Las palabras de Menanteaux causaron una profunda impresión en mi y no se me ocurrió otra pregunta fuera de: "Por qué lo diste como exiliado sabiendo tu que no lo era y que había sido detenido", probablemente con un tono de reproche y profundo dolor que no pude disimular y que seguramente no pasó desapercibido por Menanteaux. La respuesta fue con un tono que revelaba la pesadumbre y quizá cierto sentido de culpabilidad: "Fue una de las partes de la conferencia de prensa que fuimos forzados a leer". Con esto algo se rompió en la comunicación que habíamos establecido y pocos momentos después Menanteaux se excusó y se retiró de vuelta al grupo del cual había venido. Al quedarme solo de nuevo, traté de acercarme a la ventana con

el fin de mirar afuera; parado cerca de ella estaba un hombre joven de pelo castaño claro, ondulado, alto y delgado, con una barba regularmente cuidada, vestido con blue jeans y una camisa cuadrille, a quien identificaba como parte del grupo al cual pertenecía Menanteaux y los otros dirigentes de la conferencia de prensa. Esta persona me vio acercarme con paso más o menos tambaleante y cuando estaba mas cerca me ofreció un cigarrillo y me preguntó qué me pasaba. Le expliqué que sentía problemas con los músculos de mis piernas. A continuación me preguntó que por qué me habían "agarrado", a lo cual le repetí más o menos la misma información que anteriormente había entregado a Menanteaux. Al término de la narrativa me preguntó si yo sabía quién era el y como mi respuesta fue negativa, el continuó diciendo que el era Emilio Iribarren, de nombre político "Joel", y que al momento de ser detenido era el encargado de Inteligencia del MIR. Tras una breve pausa, Iribarren continuó: "Flaco, yo dije todo..." Como lo miré sin hacer comentarios, Iribarren prosiguió casi como para si mismo: "Si, todo, absolutamente todo..." Yo continué en silencio observándolo e Iribarren entonces me dijo: "Yo estaba a cargo de Inteligencia del MIR; me agarraron y me torturaron. No hablé. Tomaron a mi compañera y la violaron y parrillaron delante mio. No hablé. Trajeron nuestra guagua de seis meses de edad y la parrillaron delante nuestro. Entonces sí hable... Qué habrías hecho tu Flaco?". Por algunos momentos me quedé sin capacidad de hablar y tan solo lo pude mirar a los ojos. Fue en este momento que fuimos dirigidos al patio y empezamos a limpiarlo de piedras. No hubo ocasión de

reanudar la conversación y alrededor de 30 o 40 minutos después fuimos llamados de vuelta adentro y yo fui devuelto solo a mi celda.

Días después sería trasladado a Tres Alamos en libre plática, y posteriormente al campo de detenidos políticos de Ritoque y después al de Puchuncaví. Estando en Puchuncaví en calidad de "detenido en virtud del estado de sitio", fui entrevistado en conjunto con otros detenidos, a principios del año 1976, por personal perteneciente a la Embajada de los Estados Unidos en Santiago. En Junio de 1976 fui trasladado de vuelta a Tres Alamos, liberado, y días después volé a Nueva York bajo calidad de refugiado político. He residido en los Estados Unidos desde esa fecha.

Pedro Alejandro Matta Lemoine.

26 de Abril de 1991.